

ENUMERACION DE LOS MAGOS

Por Pablo Andrés Escapa

Las severas páginas de la historia que don Marcelino Menéndez Pelayo dedicó a los heterodoxos españoles nada advierten del modesto heresiarca Eutimio de Évora, que floreció en el siglo V de nuestra era para ejercer la adivinación por esferas de bronce y la hidromancia. Ninguno de sus escritos perdura. Sabemos que abominó en un tratado de la secta de los agapetas y que predicó en la ciudad de Mérida contra los espectadores de comedias, porque con su ejercicio hacían provisión de lascivia y de locura. Servando o Seherbando, prelado de la iglesia de Braga, refiere en su *Historia ecclesiae Lusitanomm* que Eutimio era inclinado a degustar miel, que en campo abierto sentíase geórgico y que su verbo resultaba por demás apacible. Menciona que en su juventud Eutimio viajó a Roma sobre un asno extraordinario que sabía abandonar el pienso para escuchar hexámetros. Pero la erudición de esta cabalgadura conviene mejor a algún teurgo alejandrino. San Agustín juzgó confuso el pensamiento de Eutimio. De su obra anotó que era una mera digresión, laboriosa y trivial, de las Escrituras. Conviene saber, sin embargo, que en el libro XVIII, de *La ciudad de Dios*, cuya materia son las artes mágicas, el santo africano admitió que Eutimio había sobresalido como obrador de prodigios no pequeños por combinación de elementos. De todas las composturas que le atribuye destaca una, de particular deleite entre doncellas aquejadas de melancolía por viajeros galantes: la noche de san Juan, Eutimio vertía una clara de huevo en una vasija de agua; tal conjunción producía al alba la diáfana imagen de un navío. Esta seducción, sin duda vistosa, no debe apartarnos de la herejía singular que le atribuyen las crónicas: hacia el año 430 de nuestra era, Eutimio de Evora postuló abiertamente la calidad innumerable de los Reyes Magos.

Un pasaje de Orígenes, que admite la magia espontánea de los orientales y su naturaleza de hombres familiares de los números, adornó la herejía de Eutimio. La vaguedad con que el evangelista Mateo describe la Adoración de los Magos pudo inducirle, además, a remediar lo que las Escrituras velan. Más sencillamente escribe Servando que fue el recuerdo de los frescos que Eutimio había contemplado en las catacumbas de Roma, durante su viaje juvenil, lo que le movió a soberbia y a querer enmendar lo que estaba escrito. Del testimonio de Servando es lícito deducir que la herejía original de Eutimio no afirmaba que el número de los Reyes Magos fuese incalculable; dudaba únicamente de que su Epifanía coincidiese con la divulgada por los primeros pintores cristianos. Eutimio rechazó las torpes cifras de Magos administradas por esa iconografía subterránea: 2, 3, 4, 6 y hasta 12. Declaró que tales congregaciones eran esclavas de la simetría y que la realidad es harto más irregular. Postuló que 11 habían sido los Magos que adoraron a Dios. Menos sencillo le resultó calcular sus edades, pero afirmó que sumadas entre sí las 11 vidas producían la cifra de 741 años, cuyos componentes, vueltos a sumar, son 12, el número de los atributos de la Divinidad y de las constelaciones. En esta primera versión de su apostasía Eutimio aseguró que la luz que habían visto los Magos era una duplicación de la luna.

La refutación de Eutimio era sencilla sin abandonar siquiera el Evangelio deficiente en noticias de Mateo. Comasio, obispo de Astorga, la acometió. Fulminó a Eutimio una epístola en la que denunciaba los números erróneos que éste había postulado. Le recordó que 7 son los atributos de la divinidad, 3 los regalos que Dios recibió de los

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 11 (diciembre 1997-enero, 1998)

Magos, 3 los Magos. Un versículo de Isaias (49, 23) y la línea undécima del salmo 72 fueron invocados, porque deparaban la condición regia de los adoradores; el versículo 15 del mismo salmo preveía, además, el oro ofrecido al Salvador. Procedía después Comasio, diestramente numeral, a reparar otro silencio del evangelistano ensayado por Eutimio. Calculó que fueron 13 las jornadas que completaron los 3 viajeros hasta avistar Belén. Culminaba su vindicación impar alegando el verso del latino: numero Deusimpari gaudet Para refutar la explicación astrológica de Eutimio y para hacerlo sospechoso de religión, advirtió el obispo de Astorga que sólo los tebanos, que son indignos de la fe de Roma, observan la impiedad de que sus astros se dupliquen. El resto de la epístola es un fervoroso perjurio contra Eutimio, al que acusa de trazar sobre la arena figuras de geomancia que detienen las mareas y de perseverar en el error abominable de los gnósticos, que niegan la Trinidad y profesan la bigamia. Advierte Servando que el obispo de Astorga detestaba a Eutimio.

Reunido el concilio de Éfeso el año 431, apenas reprobó la diversión numérica del evorense. Refutar convenientemente a los nestorianos atareaba todas las sesiones. Pero algunos congregados -Comasio los agitaba- exigieron que el metropolitano de la Bética impusiera una penitencia a su feligrés. El arzobispo de Sevilla pidió a Eutimio que se sumiera desnudo en un pozo durante 7 noches y 7 días hasta abjurar de sus errores. Comasio consideró suficiente la condena, que podía matar de hambre al hereje. Escribe Servando que la voluntad de Eutimio al descender al abismo era de severa contrición y que el pozo destinado al apóstata pertenecía a un judío llamado Ehiveris. Menciona que Eutimio pidió una esfera de bronce antes de bajar al pozo por mejor distraer las horas admirando la perfección de su forma.

Comasio se desplazó desde su diócesis para velar a escasos metros del pozo por la expiación de Eutimio. De noche lo acompañaba Ehiveris, que era conversador y sabía disputar con el obispo de Astorga de las diversas naturalezas del Verbo. A menudo callaban para comprobar la aspiración profunda de Eutimio. Durante la sexta vigilia lo dieron por muerto.

La séptima noche se desataron los vientos y del pozo emanó luz aborrecible para los ojos. Cuenta Servando que al punto quedaron deducidas del cielo 111 estrellas que fueron a precipitarse al mar. Después llovió con ausencia de nubes. Interrumpiendo los prodigios o participando de ellos, surgió Eutimio de su profundo claustro sin señal de haber padecido. Durante unos momentos se afirmó en el aire, sobre el brocal del pozo. Ehiveris profirió gritos de terror y huyó tercamente a través de unos espinos. Comasio, más versado en la anomalía, trazó el signo de la cruz. Luego preguntó serenamente a Eutimio cómo había superado la luz del pozo. Replicó éste que sólo recordaba la forma de la esfera.

La clausura favoreció rectificaciones en la doctrina de Eutimio. El bronce le reveló que los adoradores de Dios en Belén fueron múltiplo de nueve, que cada uno era el producto de la multiplicación de otro y que todos compartían almas plurales; que sus cuerpos, inspirados por esa abundancia, no precisaban de la carne para sostenerse. Renunció a la luna duplicada y explicó que la luz que había guiado a los Magos era la reunión de sus almas imprecisas sobre el desierto. Afirmó que esa luz es cegadora para el mortal y que investidos de tal calidad imperceptible se manifestaron los Magos ante Dios en algún término de sus multiplicaciones. Servando atribuye a Eutimio esta máxima, inspirada en su aberración: *En vano el hombre querría cifrar el número de los que adoraron.*

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 11 (diciembre 1997-enero, 1998)

Tambiénle asigna este prelude de los iconoclastas: damnación del pintor, que somete lo innumerable a la curva finita de una bóveda.

Servando no añade más de la aturdida doctrina de Eutimio. Esa abstención podría persuadirnos de que murió apartado de la fe de Roma. Al diligente polígrafo Juan Bautista Pérez debemos la tranquilidad de saber lo redimido. Hacia 1554 abandonó esta noticia entre los abrumadores apuntes que reunía para su *Collectio máxima conciliorum Hispania*: «En el año de 431 de nuestra fe, aportó Eutimio, physico de Evora muy preciado, en el puerto de Génova. Peregrinaba a Roma por destruir unas santas pinturas de los Tres Sabios Reyes que vinieron a adorar a nuestro Redentor. Y era llegado el día de la Natividad cuando entró en Roma, que estaba sofocada de hogueras según usan en esa ciudad para celebrar que Dios ha nacido. Quiso Dios entonces, por sacar del error tan grave a Eutimio y porque se apartara de la magia de que era inficionado, presentarle una doncella en la casa donde dormía. Pidióle ella ver cierta nave que es fama sabía engendrar Eutimio en un barreño, con mixtura de agua del mar y un huevo de cierta ave que llaman íbice, de que Eutimio tenía provisión. Quiso él contentar a la doncella y fue obra de Dios que en vez de nave aparecieran reflejadas en el agua las tres figuras de los Reyes Magos según fueron pintadas en el retablo de la Santa Iglesia de Colonia, que es fama pintó el maestro Stephanus, con Santa Ursula y Gereón en sus flancos. Tornó Eutimio a remover el agua del barreño por que mejor surgiera la nave deseada, cuando dieron en salir, como en espejo, los tres sepulcros que tienen esos mismos Reyes en la dicha iglesia de Colonia, que era maravilla de ver cómo lucían sus nombres sobre las tres cabezas, según dixo Beda en su *chrónica De los Tiempos* que se llamaron estos tres Reyes Balthasar, Melchior y Gaspar. Bastóle a Dios demostrar tales figuras a Eutimio para que cesara de su error. Murió este physicodecapitado en Trípoli por predicar contra los astrónomos, que son muchedumbre en esa parte, el mismo día que San León el Magno reunió concilio en Calcedonia por dar razón de las dos naturalezas de Jesucristo, y por mandar que los fieles celebren la Epifanía de los tres Reyes Magos el sexto día de enero y no en la Natividad como usan en Costantinopla».

Escribe Servando, o Scherbando, que Eutimio murió santamente en su huerto de Évora un año después de haber levitado sobre el pozo. Era el día de la Asunción de Nuestra Señora y a Eutimio le sorprendió la muerte, vencida ya la tarde. Pero la Gran Enciclopedia Espasa, en su vigésimo segunda edición, advierte que la prosa de Servando es tenida razonablemente por apócrifa.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IV, 11 (diciembre 1997-enero, 1998)